

país dins el cànon. Aquests són dos detalls sense importància, si voleu, però són reveladors en tant que, a més a més de ressaltar actituds poc serioses, indiquen cert desconcert quant als conceptes que s'han gestat llegint el llibre. Només vull destacar com de revelador i carnós es va presentar l'encontre de qui això explica amb *El canón occidental* per dos motius: a) perquè va posar damunt la taula pública la greu crisi que pateix i entrecrua la idea

de la literatura mateix assetjada per l'èpica del multiculturalisme, i b) perquè fou una altra mostra de la nova inclinació dels camins que està patint la teoria literària després dels corrents postestructurals.

*Gemma Casamajó i Solé*

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Periodisme  
i de Ciències de la Comunicació

ESPADA ENÉRIZ, Arcadi

*Raval. Del amor a los niños*

Barcelona: Anagrama/Empúries, 2000

Amarga lección de periodismo la que hay que aprender de este libro. Ya lo advierte la contraportada: «Fruto de una tenaz indagación que hurga en los hechos —núcleo y esencia del único relato periodístico posible—, la obra es una doble, lúcida y amarga lección de periodismo, un libro que reflexiona sobre el periodismo desde la práctica desnuda y sin concesiones de una profesión cada vez más impelida a desvirtuarse».

Después de leer de cabo a rabo las ediciones catalana y castellana, por este orden y sin que ello signifique ninguna prioridad, no tengo más remedio que quitarme la gorra que cubre mi rotunda calvicie ante el trabajo del compañero: ¡Muy bueno lo tuyo, Arcadi!

Doy por supuesto que los lectores de esta revista habrán leído *Raval* y habrán tomado buena nota de sus enseñanzas. Si no, que no tarden en hacerlo, porque sin él no se puede seguir enseñando ni ejerciendo este oficio tal como debe de practicarse. Y les ahorro reseñar el contenido, además, porque esta sección de *Anàlisi* se llama «Crítica», lo que me obliga a plantarme ante la obra con intención de averiguar qué se esconde en sus entrañas.

No puedo hacer una crítica literaria, pues *Raval* no es Literatura, con mayúscula de

arte bello. El uso que hace Espada de la palabra es sintético —las justas y necesarias—, directo —tutea al lector para guiarle por la historia—, histórico —narra hechos acaecidos—, retórico —deleita, persuade, conmueve— y, sobre todo, didáctico: enseña.

No le falta, ciertamente, algo de poético: hay poesía en las descripciones de sentimientos propios y ajenos, canta el corazón del autor cuando encuentra y descubre la verdad, se le siente vibrar de pasión ante la inmundicia oficial, la injusticia judicial y, sobre todo, la mentira policial y periodística.

Pero no, no es literatura. Es Comunicación, con mayúscula de carrera universitaria.

Podría hacerse, pues, una crítica periodística, pero el periodismo sin mayúsculas ya no es lo mío. Hace tiempo que no escribo en los periódicos, que es la condición única y exclusiva para poderse llamar «periodista». Es más, ya casi no leo los periódicos: elijo los titulares en la red y me hago traer en la bandeja de Internet sólo aquello que realmente me interesa..., como hará todo el mundo dentro de poco. Por lo tanto, no soy quien para criticar la labor de un colega que, él sí, demuestra cada día ser un periodista de tomo y lomo.

Además, *Raval* tampoco es periodismo. Como libro, se ha salido del círculo vicioso de la prensa, el único medio en el que todavía se publican escritos de manera periódica. La televisión jamás le hará el menor caso —y viceversa, según me dice el propio autor—, porque el círculo audiovisual es aún más vicioso y, además, más estrecho por mor de la necesidad de imágenes y el escasísimo culto que le rinde a las palabras. Así que dudo mucho que las verdades descarnadas por Espada en su libro se vean algún día en la pequeña pantalla. Si acaso, en la grande, pues película sí la hay, y parece que ya está en marcha el proyecto, según me cuenta el autor.

A propósito, se le ha reprochado a Espada —concretamente Lluís Bassets, uno de sus jefes en *El País*— que «no alcanza su crítica demoledora a las radios y las televisiones, y éste es un defecto serio de su análisis. Pues no se puede explicar hoy día lo que publican los periódicos sin el ruido audiovisual que contribuye a la generación de la noticia escrita»<sup>1</sup>. Y cuando le pedí a Arcadi que hiciese autocrítica me dijo claramente que eso no es verdad, que él también analizó a fondo la información televisiva sobre el caso y que «siempre iba a remolque de la prensa». En lo que sí acierta Bassets es en calificarla de «ruido». Y es una pena que las televisiones españolas y periféricas cuiden tan poco sus espacios informativos, porque en este país el índice de lectores todavía está entre el 15 y el 20 por cien de la población, mientras las masas se arremolinan en torno a la tele.

Como tema, los tres años y pico que lleva en el candelero el asunto del Raval lo invalidan para cumplir el sagrado principio de «actualidad» que prima en el negocio periodístico. Como estilo, las *patums* que nos enseñaron Redacción Periodística se harían cruces y se rasgarían

las vestiduras ante la osadía con que Espada transgrede con feliz resultado las sacrosantas reglas de la pirámide invertida y otras estupideces debidas sólo a la prisa de los empleados de telégrafos.

La crítica que le puedo hacer, entonces, es sólo académica. De profe a profe y tiro porque me toca. A Arcadi Espada, lo primero que hemos de agradecerle es que con esta obra nos haya devuelto a todos el valor de decir la verdad.

Porque la verdad duele. La verdad es rebelde, «revolucionaria», dijo alguien que no recuerdo. Con la verdad por delante sólo se puede vivir si se renuncia a las pompas, a las poltronas. Para ir con la verdad por delante hay que ser antipático, como Arcadi. El pasado agosto, cuando la Asociación de Periodistas Europeos le concedió el Premio Francisco Cerecedo por su trabajo en *Raval*, Espada contestaba así a las preguntas de un medio electrónico<sup>2</sup>:

—La crítica ha dejado muy bien su último libro. Los críticos vienen a decir que ha sido usted muy valiente.

—Estoy encantado de la crítica porque ha sido muy generosa. Yo prefiero que digan de mí otras cosas; pero si dicen que soy valiente, pues muy bien. De todos modos, la valentía es una virtud del periodista. Curiosidad y valor son dos condiciones fundamentales del periodista. La valentía ha de ser incluso física.

—¿Se ha encontrado alguna vez amenazado físicamente?

—No, no, pero le voy a hablar de la valentía. La única manera de ser valiente es tener miedo. Sin miedo no hay valor, hay inconsciencia. Hay que tener miedo y hay que vencerlo. Es condición *sine qua non* de la práctica del periodismo. El periodismo, y

1. <http://www.tentaciones.elpais.es/tld/exel/Libros.asp?codigo=1162>

2. <http://www.worldonline.es/channels/cull/index.php3?idcanal=cul&sub=225&sec=651&art=45759>

ahora que se ha convertido en el principal objeto de consumo del hombre contemporáneo más que nunca, está sujeto a muchas ocasiones en las cuales un hombre ha de poner a prueba su valentía, su entereza moral, su compromiso con la verdad.

Y más adelante, el autor premiado hasta se enfada repreguntando al preguntador: «¿Es que hemos venido al mundo para ser simpáticos, o qué? Hemos venido al mundo para trabajar honradamente en lo que sabemos, pero no hemos venido para ser simpáticos. ¿Qué necesidad tengo yo de ser simpático?»

Yo no sé lo que enseña el profesor Espada en sus clases de Lengua Española de la Universidad Pompeu Fabra. Tampoco hace falta ser simpático para dar clases. Pero sus alumnos pueden tener la absoluta garantía de que no les miente ni les engatusa. Lo que sí sé es lo que a mí me ha enseñado con este libro: varias lecciones que me hubiera gustado aprender más temprano, aunque todavía tengo mucho tiempo para aprovecharlas.

En primer lugar, me ha enseñado Espada que a nuestra forma de hacer periodismo le falta sensibilidad, respeto, amor. Nos lanzamos sobre la presa de una historia sin importarnos quien caiga a nuestras espaldas. Nos creemos lo que dice la autoridad imperante —léase policía, jueces, psicólogas— y dejamos de hablar con los niños, que —junto con los borrachos— son los únicos que dicen la verdad. A los niños les quitamos los nombres y apellidos y los dejamos en meras iniciales para preservar su futuro. Pero no escuchamos lo que nos tienen que decir: su verdad. (En este caso, ni siquiera se escuchó a los abogados defensores de sus padres.) Sólo contamos su «versión» de los hechos a través del tamiz de declaraciones arrancadas como verdades a costa del miedo.

Y es porque no amamos a los niños. No hemos aprendido de ellos que la única forma de saber es preguntar. No

los tenemos en cuenta ni los respetamos como personas. Sólo queremos salvarlos de los innumerables peligros que les acechan en un mundo plagado de pederastas en red.

Y en la red somos nosotros los que estamos atrapados. En una red tejida por el pensamiento único —los niños no se pueden tocar—, endurecida por la rutina —ley y orden, sobre todo— y urdida para envolver bajo el manto de una deontología caduca toda la podredumbre de un mundo que sólo pretende alcanzar el poder y la gloria.

Estamos en la red quienes permitimos que se haga de la prensa un baluarte de las mentiras oficiales; de la televisión, un escaparate de la estética urgente y triunfadora; de la radio, un bla, bla, bla para ancianos y desvalidos o un bum, bum, bum para escuchar a tope en el coche.

Espada me ha enseñado también a desconfiar de la Justicia, con mayúscula de poder del Estado, y tanto de su brazo armado como del togado. De la *pasma* ya no me fiaba mucho y lo tengo certificado: mi oficio actual de profesor de investigación periodística me obliga a decirles a los alumnos que «la policía no siempre dice la verdad»..., y después les cuento lo de un obrero que murió cuando «la fuerza pública se vio obligada a disparar al aire», es decir, cuando los obreros volaban. No hace demasiado tiempo de eso, y así lo publicaban los periódicos.

Pero eran tiempos franquistas y entonces no había periodismo sin adicción a los Principios del Movimiento. Ahora la cosa es más sutil, como explica Espada: «La policía tiene una larga experiencia literaria [...] Quiere ganar, como todos. Vive del mal. Necesita convencerse y convencer a los demás, jueces y público, de que el mal no tiene fondo. Nunca permitirá que la verdad le estropee una buena historia, este adagio que era de los periodistas hasta que los periodistas se quedaron sin historias, buenas o malas».

También he aprendido de Espada a dudar de la mítica objetividad y otras «palabras mayores» que pueden cobijar mentiras periodísticas. «El periodista —dice en su libro— se ve obligado a pedirle su versión al mentiroso y a tratarla en pie de igualdad con la verdad. Pero un diario no es un tribunal. No hay versiones que evaluar. El público no es un juez. La realidad no precisa de sentencias. Un diario es una verdad: incompleta, pero una. Y jamás debería darle la voz a un mentiroso, excepto para probar que miente».

Otra lección importante: el Cuarto Poder sigue existiendo como tal, por lo menos para jueces que dictan sentencia según lo que han leído en los periódicos, y para agentes que ven compensada su esforzada labor con el premio de un buen titular: «La policía ha desarticulado...», aunque no hayan desarticulado nada, como tantas veces se ha demostrado. En cuanto al juez que llevaba este caso, dice Espada que «no lee muchos periódicos. De hecho sólo lee un periódico: el primero que se publicó en catalán después de la guerra civil. Él es, también, uno de los poquísimos jueces que redacta las sentencias en esta lengua. El periódico del juez fue el primero en reaccionar sobre la marcha ante la evidencia de que los padres de Oriol no habían hecho ningún viaje de placer con el dinero rendido por la sodomización del hijo.

LOS PADRES QUE ALQUILABAN AL NIÑO SE GASTABAN EL DINERO EN ALCOHOL, decía el titular del diario patriótico.

El poder mediático existe también para el propio periodista, como ya vimos, salvo que éste sepa huir de sus redes, como Espada: «He publicado noticias sin tenerlas todas conmigo. He dejado escrita la noticia en el periódico, lista, y me he marchado a casa angustiado, pensando en la fisura que podría abrirse y que sólo yo

conozco. Pero a la mañana siguiente todo cambia: la historia impresa es mucho más verdadera e indiscutible que cuando la dejé. Y he vuelto al trabajo con mi acostumbrado paso de mariscal».

Por eso Arcadi Espada no deja títtere con cabeza. Entre las muchas críticas que han elogiado este libro —yo no he encontrado ninguna en contra, ni el autor tampoco— destaca por volumen y enjundia la de Rafael Sánchez Ferlosio en *ABC*<sup>3</sup>, cuyo final reza así: «Lo infeccioso de la jerga de la psicología, que Arcadi Espada no se recata de llamar “prosa facinerosa”, puede apreciarse también en este párrafo tomado de un informe de la DGAI (Direcció General d’Assistència a la Infància) y que transcribo entero:

Durante estos once meses de internamiento en este centro Víctor ha ido asumiendo paulatinamente los objetivos planteados con un mejor nivel de autonomía. Su estado anímico y relacional denota la positiva adaptación e integración en el centro, hecho que ha posibilitado la progresión evolutiva del joven, a pesar de la situación que generó su internamiento, con un elevado grado de protección y seguridad. Víctor ha alcanzado los objetivos que se ha ido prefijando con una positiva implicación en su proyecto individual.

Sigue a esta cita el siguiente comentario de nuestro autor:

Esa palabrería ebria y dislocada se extiende a través de muchos folios. Basta ya, pero fíjate en palabras como ésta, nunca más tendrás a mano palabras como éstas, *proyecto, su proyecto*, míralas, no volverás a ver las huellas de una lepra semejante.

3. [http://www.abc.es/cultural/historico/semana-14/fijas/libros/estasesmana\\_001.asp](http://www.abc.es/cultural/historico/semana-14/fijas/libros/estasesmana_001.asp)

¡Ahí estaba! —prosigue con vigor Sánchez Ferlosio— No podía faltar a la convocatoria de esta jerga una palabra tan acomodada para ella —y tan acomodada para muchas otras— como el gran ortegajo, el ortegajo máximo («proyecto vital», «proyecto sugestivo de vida en común»). Pero, ¡por todos los demonios del infierno!, ¿con qué derecho puede atribuirse a nadie en este mundo a atribuirle un *proyecto* a un niño de once años? ¿Qué digo «atribuir»? Atribuir connota, por lo menos, suponerse. Aquello era, en realidad, *asignar* — como se dice «asignatura»—, *adjudicar* o, finalmente, *imponer*; imponer por soberano arbitrio de la institución.

Y es justa la indignación del insigne escritor, como lo debió ser la del columnista Federico Jiménez Losantos cuando glosaba el «monstruoso abuso de poder que de forma institucional y jerárquica, pero también consensuada y democrática se ha infligido a unas personas particularmente desvalidas [...] El libro es el diario de la mala conciencia de un periodista que no se resigna a mentir, aunque confiesa cuando lo ha hecho, y que sigue investigando la verdad oculta tras un consenso muy catalán sobre la buena conciencia social». Y concluye Jiménez enjuiciando el caso Raval: «Pudo ser un error al principio. Luego fue un linchamiento, en toda regla, con la prensa a favor. Por eso para hacer justicia a este libro no basta leerlo. Tiene que hacerse Justicia»<sup>4</sup>.

Y no es eso lo que se está haciendo, sino, otra vez, todo lo contrario. Al filo de la escritura de esta crítica aparece la noticia de que han vuelto a detener al «principal acusado en el caso del Raval», que se encontraba en libertad provisio-

nal. Y otra vez, según me informa Arcadi Espada, sin justicia ni razón. Otra vez el escándalo.

Por eso quiero concluir esta crítica con palabras de Juan Bonilla, autor de una de las primeras reseñas que saludaron la publicación de este libro:

El escándalo —dice— no fue que en el barrio del Raval funcionara una red de pederastia en la que unos padres pobres consiguieran algunos billetes dejando a sus hijos en manos de quienes iban a abusar de ellos, sino que las acusaciones policiales y los titulares de prensa enchironaron a personas inocentes que tuvieron que padecer además la humillación pública, que se vieron separados de sus hijos, puestos en manos de las beneméritas instituciones de acogida. Y todo ello producto de un cúmulo de errores policiales, judiciales, administrativos y periodísticos.

[...]

Todo este libro —concluye Bonilla y asumo su opinión— es un homenaje al único periodismo lícito: el que no se deja manejar, el que hace preguntas y no da las cosas por sabidas, el que se opone por principios a la versión de la policía y tiene entre sus méritos el de dejar que la duda haga su trabajo ante cualquier manifestación. Sólo así se alcanza algo que se acerque a la verdad. Sólo así pueden ser contadas las cosas, sólo así se es responsable y digno. Tan responsable, tan digno y tan brutal como este libro de Arcadi Espada...»<sup>5</sup>.

Darío Giménez de Cisneros  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Periodisme  
i de Ciències de la Comunicació

4. <http://www.el-mundo.es/2000/03/27/opinion/27N0032.html>

5. <http://www.el-mundo.es/2000/03/13/cultural/13N0140.html>